

en tus cuidados, el nombre de tu Dios tiene que serle un sonido vacío. ¡Madre, madre! si no te ve y te siente afable en estos momentos, menos verá y sentirá lo afable que el Señor es; y, verdaderamente, si ahora no lo siente y no lo ve, más difícilmente lo sentirá y lo verá después.

Por tanto, madre, la consecución del fin de enseñar á hablar sobre objetos morales está unida á la intuición interior y á los cuidados prestados á tu hijo, del mismo modo que la consecución del fin de enseñar á hablar sobre los objetos sensibles está unida á la intuición exterior y á estos mismos cuidados, íntimamente enlazados con ella.

DE „GUILLERMO MEISTER”

J. W. GOETHE

LOS AÑOS DE APRENDIZAJE

.....Solía decir: El hombre tiene tanta inclinación á darse á las cosas vulgares; el espíritu y los sentimientos se embotan tan fácilmente á las impresiones de lo bello y de lo perfecto, que se debe mantener en sí, por todos los medios, la capacidad de sentirlos. Nadie puede pasarse completamente sin estos goces, y sólo la falta de costumbre de gustar las buenas cosas es causa de que muchos hombres encuentren placer en las simplezas y disparates, con tal que sean nuevos. Se debía — dijo — oír todos los días, por lo menos, una cancioncilla, leer una buena poesía, ver un cuadro excelente y, cuando fuera posible, decir algunas frases razonables.....

..... Había reunido una hermosa colección de cuadros, y en tanto que me la enseñaba no podía impedirme ver en ella, alegóricamente, la moral. Al manifestarle mis pensamientos, repuso: Tenéis del todo razón, y en esto vemos que no se obra bien al dirigirse aisladamente á la educación moral, encerrada en

sí misma; aquel cuyo espíritu, por el contrario, aspira á una cultura moral, tiene motivos suficientes para cultivar igualmente su sensibilidad, á fin de no estar expuesto á descender de su elevación moral, entregándose á las seducciones de una fantasía sin regla y á no rebajar su noble naturaleza gozando con bagatelas insípidas ó con otra cosa peor.

CARTA DE APRENDIZAJE

«El arte es largo; la vida, corta; el juicio, dificultoso; la ocasión, fugaz. Obrar, es fácil; pensar, difícil; obrar conforme al pensamiento es molesto. Todo comienzo es agradable; el umbral es el sitio de espera. El niño se asombra; la impresión le determina. Aprende jugando; lo serio le sorprende. La imitación es innata en nosotros; no se reconoce fácilmente lo que se ha de imitar. Se encuentra raramente lo perfecto; más raramente aun se aprecia. Las alturas nos atraen; no así sus escalones; con la cima á la vista, caminamos por la llanura. Sólo una parte del arte se puede enseñar; el artista lo necesita por entero. Quien no lo conoce más que á medias anda siempre extraviado y habla mucho; quien lo posee por completo hace únicamente y habla rara ó tardíamente. Aquéllos no tienen nin-

gún secreto ni fuerza alguna; su doctrina es como el pan cocido, sabroso y que satisface en el día; pero no se puede sembrar la harina ni se debe moler la semilla. Las palabras son buenas, pero no es lo mejor. Lo mejor no se aclara con las palabras. El espíritu, por el cual obramos, es lo más elevado. La acción es comprendida y representada únicamente por el espíritu. Nadie sabe lo que hace cuando obra bien; pero siempre tenemos conciencia del mal. Quien únicamente obra por siglos es un pedante, un hipócrita ó un charlatán. Hay muchos hombres así, y se encuentran bien juntos. Su charlatanería retiene al discípulo, y su medianía constante inquieta á los mejores. La doctrina del verdadero artista revela el sentido, pues donde las palabras faltan hablan los hechos. El verdadero alumno aprender á obtener lo desconocido de lo conocido, y se acerca al maestro.»

.....¿ No tenéis á mano el pergamino?—preguntó Jarno—; contiene muchas cosas buenas, pues estos aforismos generales no están tomados al azar; sólo parecen vacíos y oscuros á aquellos que no recuerdan nada de su experiencia. Dadme la carta si la lleváis con vos.

— Ya lo creo, repuso Guillermo; un amuleto semejante debía llevarse siempre sobre el pecho. — Quién sabe, dijo Jarno sonriendo, si su contenido no encontrará sitio algún día en vuestra cabeza y en vuestro corazón.

Jarno recorrió con la vista la primera mitad. Esta — dijo — se refiere á la educación del sentido artístico, de la cual pueden hablar otros; la segunda trata de la vida, y aquí ya me encuentro en mi casa.

Comenzó á leer algunos pasajes, interrumpiéndose para hablar y uniendo observaciones al relato. — Es extraordinario el gusto de la juventud por el misterio, las ceremonias y las grandes frases, y á menudo es señal de una cierta profundidad de carácter. En esta edad se quiere sentir atraído y conmovido todo su sér por obscuro é indeterminado que ello sea. El adolescente á quien insten fuertemente, cree encontrar muchas cosas en un misterio, y por ello tener que hacer mucho. Con esta intención formó el abad una joven sociedad, movido en parte por sus principios y en parte por inclinación y por hábito, porque en otros tiempos había estado en relación con una sociedad que había debido ejercer una gran influencia. Estos misterios no me convencían. Yo tenía más edad que los demás; había visto claramente desde mi juventud, y lo que más

exigía en todas las cosas era la claridad. No tenía más interés que conocer al mundo tal como era; comuniqué este gusto á los mejores de nuestros compañeros, y faltó poco que nuestra educación tomara una dirección falsa, porque comenzábamos á no ver más que las faltas y limitaciones de los demás y á considerarnos á nosotros mismos como seres perfectos. El abad vino en nuestra ayuda y nos enseñó que no se había de observar á los hombres sin interesarse por su educación, y que sólo mediante la actividad nos ponemos en situación de observarnos y de conocernos á nosotros mismos. Nos aconsejó que nos atuviéramos á las primeras formas de la sociedad; por eso hubo algún orden en nuestras reuniones; se veía en la organización del conjunto los primeros rasgos místicos; después, como por una alegoría, tomó la forma de un oficio, que se elevaba hasta el arte. De ahí vienen las denominaciones de aprendices, compañeros y maestros. Queríamos ver con nuestros propios ojos y formarnos un archivo propio con nuestros conocimientos del mundo; esto ha originado numerosas confesiones que, ó bien hemos escrito nosotros mismos, ó bien hemos excitado á los demás para que las escriban, y con las cuales se han compuesto después los años de aprendizaje. No todos los

hombres se ocupan en su educación; muchos piden, únicamente, remedios para llegar al bienestar, recetas para conseguir riquezas y toda clase de satisfacciones. Todos éstos que no querían marchar como debían, los deteníamos ó nos desembarazábamos de ellos con mixtificaciones y otras malas pasadas. Únicamente emancipábamos á aquellos que sentían vivamente y que reconocían claramente para qué habían nacido, y á los que estaban lo suficientemente instruídos para proseguir su camino con una cierta alegría y facilidad.

—Entonces os habéis apresurado mucho conmigo— repuso Guillermo—, porque precisamente desde este momento es cuando menos sé lo que puedo, quiero ó debo.

—Nosotros no tenemos la culpa de haber caído en esta confusión; la buena suerte puede ayudarnos á salir de aquí. Entretanto, oid esto: aquel en quien hay mucho por desarrollar, se enterará más tarde de sí mismo y del mundo. Son pocos los que tienen la idea y son al mismo tiempo capaces de acción. La idea amplía, mas paraliza; la acción vivifica, pero restringe.

—Os ruego—interrumpió Guillermo— que no me leáis más esas extrañas palabras. Esas frases ya me han confundido bastante.

—Me atenderé, pues; al relato—dijo Jarno

desarrollando á medias el pergamino y echándole de vez en cuando una mirada.—Yo he sido muy poco útil á la sociedad y á los hombres; yo soy un maestro muy malo; me es insostenible ver á alguien realizar torpes ensayos; cuando se extravía un hombre, se lo tengo que advertir en seguida, aun cuando sea un sonámbulo á quien viera en peligro de romperse el cuello. Sobre esto discutía siempre con el abad, quien sostiene que el error sólo se puede curar con el error. También hemos discutido á menudo á propósito de vos. Os había tomado cariño, y ya significa algo atraer hacia sí en tan alto grado su atención.

.....Hay que desconfiar—continuó Jarno mirando el pergamino—de un talento que no se tiene esperanza de elevarlo á la perfección. Se le puede llevar tan lejos como se quiera, pero se acabará siempre por sentir amargamente, cuando hayamos visto el mérito del maestro, el tiempo y las fuerzas que se han perdido dedicándose á una obra semejante.

.....Todos los hombres constituyen la humanidad; todas las fuerzas constituyen el mundo. Estas se encuentran á menudo en lucha, y, mientras tratan de destruirse, la Naturaleza las mantiene conjuntamente y las crea de nuevo. Desde el trabajo manual más insignificante ó más violento, hasta la suprema realización

del arte más espiritual; desde los balbuceos y gritos de alegría del niño, hasta la expresión más perfecta del orador y del cantor; desde las primeras luchas de los muchachos, hasta los monstruosos preparativos con los cuales se afianzan y se conquistan las naciones; desde la más ligera benevolencia y el amor más fugaz, hasta la pasión más violenta y la unión más seria; desde el más simple sentimiento ante la presencia sensible, hasta los presentimientos y esperanzas más suaves en el porvenir espiritual más remoto, todo esto, y aun más, se encuentra en el hombre y tiene que ser desarrollado; pero no en uno solo, sino en muchos. Toda disposición es importante y tiene que educarse. Si uno favorece sólo á lo bello y otro á lo útil, los dos forman un hombre únicamente. Lo útil se abre paso por sí mismo, nace de la multitud y nadie quiere pasarse sin ello; lo bello necesita que se le favorezca; lo poseen pocos y lo necesitan muchos.

... Una fuerza domina á la otra, pero ninguna puede educar á la otra; toda disposición encierra en sí misma lo que la ha de perfeccionar; los hombres comprenden tan poco esto, que quieren enseñar y obrar... Continuemos viendo claramente y afirmando lo que hay *en nosotros* y lo que podemos educar *en nos-*

otros; seamos justos hacia los demás, pues sólo se nos debe considerar en tanto que separamos estimarnos.

LOS AÑOS DE VIAJE

Los viajeros tomaron el camino indicado en las instrucciones y encontraron felizmente los límites de la provincia en que debían ver tantas cosas notables; en primer término, observaron una comarca fertilísima, favorable en las suaves colinas á la agricultura; en las altas montañas, á la cría de ovejas; en los amplios valles, á la de ganado vacuno. Era poco antes de la recolección, y todo se hallaba en la mayor abundancia; lo que les causó mayor admiración fué no ver trabajando ni hombres ni mujeres, sino únicamente muchachos y adolescentes, que se disponían á recoger una feliz cosecha y apresuraban los preparativos de una fiesta de recolección alegre. Saludaron á á unos y á otros, y preguntaron por el Superior, pero no les pudieron dar ninguna razón de su morada. La dirección de su carta decía: «Al Superior ó á los Tres.» Tampoco pudieron informarles de esto los muchachos; se les envió á un inspector que se disponía á montar á caballo; le indicaron sus propósitos; pareció agradecerle la ingenuidad de Félix, y cabalgaron juntos camino abajo.

Había observado ya Guillermo que reinaba una gran variedad en la hechura y en los colores de los vestidos, lo cual daba un aspecto singular á este pequeño pueblo; iba á preguntar la razón de ello á su acompañante, cuando apercibió una cosa más prodigiosa aún: todos los niños, cualquiera que fuese su ocupación, la dejaban y se volvían á los caballeros con actitudes particulares, pero diferentes. Los más jóvenes cruzaban los brazos sobre el pecho y miraban alegres al cielo; los medianos colocaban los brazos á la espalda y miraban sonriendo á la tierra; los terceros permanecían en una actitud decidida y resuelta; con los brazos caídos, volvían la cabeza hacia el lado derecho y se colocaban en fila, mientras que los demás quedaban aisladamente donde se encontraban.

Se hizo alto y se desmontó en un sitio donde varios niños se colocaban en diferentes posturas, y fueron inspeccionados por el superior; Guillermo preguntó cuál era la significación de estas actitudes. Félix le interrumpió y le dijo alegremente: —¿Qué postura tengo que tomar? —En todo momento—respondió el inspector—colocad primero los brazos al pecho y mirad hacia arriba sería y alegremente á la vez, sin apartar la vista.—El niño obedeció, pero pronto exclamó: —Esto no me gusta demasia-

do; no veo nada allá arriba; ¿dura mucho? ¡Ah!, sí—prosiguió alegre—, un par de gavilanes vuela de Oeste á Este; ¿es una buena señal?—Según como lo tomes y según como te comportes; ahora mézclate entre estos niños.

Hizo una señal; los niños abandonaron sus actitudes y volvieron á tomar sus ocupaciones ó jugaron como antes.

—¿Podrís y querrís explicarme —dijo Guillermo—lo que causa mi asombro? Veo claramente que estas actitudes, estas posturas son los saludos con que se os recibe.—Exactamente, repuso aquél; son saludos que me indican al instante el grado de educación en que se halla cualquiera de estos muchachos.

—¿Pero no podrís explicarme el sentido de esta graduación?—preguntó Guillermo—; porque, que hay una, ello se ve fácilmente. Contestaros corresponde á los superiores á mí —replicó aquél; pero yo os puedo asegurar que no son vanos gestos; que, por el contrario, se da de ello una explicación á los niños, si no muy elevada, sí guiadora y comprensible, que se ha rogado á cada uno guardarse para sí y atenerse á lo que se encuentra bien darle por respuesta; no pueden hablar de este asunto ni con los extraños ni entre ellos mismos, y así se modifica de mil modos la enseñanza. El secreto tie-

ne, además, muy grandes ventajas; porque si se da al hombre siempre la razón de todo lo que sucede, acaba por pensar que no hay nada detrás de ello. Ante ciertos secretos, aun cuando sean manifiestos, se ha de mostrar respeto mediante el misterio y el silencio, porque influyen en el pudor y en las buenas costumbres.—Os comprendo—repuso Guillermo— ¿por qué no debíamos aplicar á las cosas espirituales lo que es tan necesario en las corporales? Quizás podrías satisfacer mi curiosidad sobre otro asunto. He quedado asombrado ante la gran variedad de hechuras y colores de los vestidos, y, sin embargo, no veo todos los colores, sino únicamente algunos, en todos sus matices, desde el más claro hasta el más obscuro. Observo asimismo que no se ha pensado en establecer ninguna graduación por la edad ó por el mérito, pues mientras los muchachos mayores y los pequeños llevan indistintamente vestidos de igual hechura y color, son diferentes sus actitudes. Tampoco en lo que se refiere á este asunto—contestó el acompañante—puedo daros más explicaciones; pero, ó mucho me engaño, ó no os separaréis de nosotros sin quedar enterado de todo lo que deseáis saber.

Los viajeros siguieron buscando al superior, cuya pista creyeron haber encontrado.

El extranjero quedó sorprendido al observar que, á medida que avanzaban en el país, oían acercarse á ellos un canto armonioso. Cualquiera que fuese su trabajo, los niños lo realizaban cantando; estas canciones parecían apropiadas á cada ocupación, y en los cantos iguales eran siempre los mismos. Si se juntaban varios niños, se acompañaban mutuamente. Al atardecer encontraron también danzarinés, cuyos pasos eran animados y regulados por coros. Félix, á caballo, unió su voz, y no del todo mal, á la de los niños. Guillermo se divirtió con este entretenimiento que animaba á toda la comarca.

—Probablemente—dijo á su compañero—se atenderá mucho á esta instrucción; de otro modo, no estaría tan extendida y educada tan perfectamente esta habilidad. —Sin duda—repuso aquél,—el canto es para nosotros el primer grado de la educación; todo lo demás está contenido y se transmite por él. El goce más simple, como la más sencilla enseñanza, se inculcan y se vivifican en nosotros mediante el canto; la instrucción moral y religiosa también se trasmite por este medio; asimismo, se obtienen otras ventajas para fines independientes; pues al ejercitarse los niños en escribir con signos en la pizarra los sonidos que emiten, en sacar á su vez de sus gargantas estos

sonidos, según los signos, y en adoptar á éstos el texto, ejercitan al mismo tiempo la mano, el oído y la vista, y adquieren más pronto de lo que se cree una escritura buena y bella. Y, últimamente, como todo ello se ha de practicar con una medida exacta y con números determinados, comprenden el alto valor de la geometría y de la aritmética mucho más rápidamente que de otro modo. Por esta causa, hemos escogido, entre todo, la música como elemento de nuestra educación, porque desde ella fáciles caminos conducen á todas partes.

Guillermo buscaba cosas nuevas en que instruirse; no ocultó su sorpresa al no apercibir ninguna música instrumental. — No la descuidamos — repuso el inspector —, pero se practica en un distrito especial, encerrado en el valle más encantador; se ha procurado también que se enseñen los diversos instrumentos en lugares separados. Se han desterrado, en particular, las desafinaciones de los principiantes á ciertas ermitas, donde no pueden desesperar á nadie, pues me confesaréis que no hay nada más molesto que la vecindad de un joven violinista ó flautista.

Nuestros principiantes se retiran gustosos al destierro, animados por el loable sentimiento de no querer ser molestos á nadie, y se esfuerzan, aisladamente, en alcanzar el mérito de

poder entrar en el mundo habitado; se les permite, de tiempo en tiempo, que intenten acercarse, y este ensayo fracasa raramente, porque tenemos cuidado en esta dirección, como en las restantes, de despertar los sentimientos de pudor y de modestia. Me satisface íntimamente que vuestro hijo posea una voz agradable; así le será más fácil lo demás.

En esto llegaron al sitio donde Félix debía detenerse y mezclarse con los demás niños hasta que se hubiera decidido su admisión definitiva; oyeron á lo lejos un canto alegre; venía de los juegos con que se solazaban los muchachos en las horas de recreo. Resonó un coro general, al cual se unía cada miembro de un círculo más extenso con una voz alegre, clara, entonada, obediente á los signos del director. Este sorprendía á menudo á los cantantes, deteniendo con una señal el coro; tocaba con la varita á uno de los acompañantes, y le invitaba á entonar una canción que se acomodara al tono y al sentido de la pieza. La mayor parte mostraban ya mucha habilidad; algunos que no habían cantado bien su parte daban una prenda á gusto, sin que nadie se burlara de ellos. Félix, como verdadero niño, hizo lo que los demás, y salía felizmente de su empeño. En seguida se le enseñó el primer modo de saludar; colocó las manos sobre el

pecho, miró hacia arriba, pero con un aire tan gracioso, que se veía claramente que no sospechaba aún que tuviera un sentido misterioso.

Lo agradable del lugar, lo cordial de la recepción, la alegría de sus compañeros de juego, todo ello agradó tanto al muchacho, que no le fué extraordinariamente penoso ver partir á su padre; casi miró con más tristeza al caballo que se llevaban; pero se le hizo comprender que no lo podía guardar en el distrito actual; se le prometió, en cambio, que volvería á encontrar, si no el mismo, uno semejante, airoso y bien criado, cuando menos lo esperara.

Como no se había podido encontrar á los superiores, dijo el inspector: —Os tengo que abandonar para seguir en mis ocupaciones; sin embargo, os quiero conducir donde se hallan los Tres que presiden en nuestros santuarios; vuestra carta va también dirigida á ellos, y, reunidos, representan al jefe.—Guillermo habría deseado saber de antemano qué eran estos santuarios, pero el inspector dijo: —Los Tres os comunicarán, á cambio de la confianza con que nos dejáis vuestro hijo, lo más necesario y lo que les permitan su sabiduría y su justicia. Los objetos sensibles de veneración, que he llamado santuarios, se hallan enclavados en un distrito especial; no están mezcla-

dos con nada ni perturbados por nada; únicamente en ciertas épocas del año se permite entrar allí á los alumnos, según el grado de su educación, para instruirse histórica y sensiblemente, de modo que saquen una impresión lo bastante fuerte para mantenerles durante algún tiempo en la práctica de su deber.

Guillermo se encontró ante una puerta, á la entrada de un valle rodeado de altas murallas; á una señal dada se abrió la puertecita, y un hombre de aspecto grave y de agradable presencia recibió á nuestro amigo. Se encontró en un amplio y magnífico prado, sombreado por árboles y arbustos de mil clases; los bellos muros y elegantes edificios desaparecían casi bajo esta densa y elevada vegetación natural; un recibimiento afable de los Tres, que llegaron uno en pos de otro, abrió al fin la conversación, á la que cada cual contribuyó con su parte; he aquí el resumen:

—Puesto que nos confiáis vuestro hijo—le dijeron,—os debemos iniciar más profundamente en nuestro proceder. Habéis visto muchas cosas exteriores, que no se explican por sí mismas inmediatamente. ¿En qué queréis que se os instruya?

—He observado actitudes y saludos correctos, pero extraños, cuya significación desearía conocer; entre vosotros, lo exterior se re-

fiere sin duda á algo interior, y viceversa; explicadme esta relación.

—Los niños sanos y bien nacidos—contestaron—traen mucho consigo; la Naturaleza les ha provisto de todo lo que les ha de ser necesario en el porvenir; nuestro deber es desarrollar estos dones, aunque á menudo se desarrollan mejor por sí mismos. Pero hay una cosa con la cual nadie viene al mundo, y, sin embargo, por ella el hombre llega á ser hombre en toda su amplitud. Si podéis encontrar cuál sea, decídnoslo.

Guillermo reflexionó unos instantes y movió la cabeza dudando.

Los Tres, después de una espera conveniente, exclamaron: —El respeto.—Guillermo pareció asombrado. —El respeto—volvieron á decir—, del que carece todo el mundo y quizá vos mismo.

Tres clases de actitudes habéis visto y tres clases de respeto enseñamos, que, cuando se funden y forman un todo, alcanzan su grado supremo de fuerza y de acción. El primer modo es el respeto á lo que está sobre nosotros. Aquella postura, los brazos cruzados al pecho, la mirada serena dirigida al cielo, cuidamos de que la adopten los niños pequeños, y les pedimos el testimonio de que allá arriba existe un Dios que se refleja y se mani-

fiesta en los padres, en los maestros, en los superiores. El segundo modo, es el respeto á lo que está bajo nosotros. Las manos juntas y como unidas á la espalda, la mirada baja y sonriente, dicen que se ha de contemplar á la tierra de un modo puro y sereno; nos proporciona nuestros alimentos, nos procura alegrías infinitas, pero nos causa también dolores inmensos. Si un hombre se hace, con ó sin culpa suya, un daño corporal; si otros le hieren, con intención ó sin ella; si un objeto inerte le causa un sufrimiento cualquiera, que lo piense bien; pues semejantes peligros le acompañarán en el curso de su vida. Nosotros emancipamos á nuestros discípulos lo más pronto posible de esta posición; en cuanto nos convencemos de que la doctrina de este grado les ha impresionado suficientemente, les decimos que sean decididos, que se vuelvan á sus compañeros y se rijan por ellos. Entonces se mantiene en pie, firme y resuelto; no está aislado; únicamente unido á sus semejantes podrá hacer frente al mundo. No podemos añadir más.

—Ahora lo veo claro—repuso Guillermo.—La multitud yace en un estado tan miserable, sólo porque se ha hecho un elemento de la malquerencia y de la maledicencia; quien se abandona á ellas se comporta de igual modo

con Dios, desprecia al mundo y odia á sus semejantes; mientras que el verdadero, indispensable amor propio, degenera en vanidad y en presunción. Permitidme, sin embargo—continuó Guillermo—, una observación: ¿no se ha considerado siempre el temor de los pueblos salvajes ante los fenómenos naturales más poderosos, que ocurren por sucesos inexplicables y misteriosos, como el germen de donde se ha de desarrollar gradualmente un sentimiento más elevado, una convicción más pura?

A esto respondieron los Tres: —El temor está conforme con la Naturaleza, pero el respeto, no; se teme ante un sér poderoso, conocido ó desconocido; el fuerte, trata de combatirlo; el débil, de evitarlo; ambos desean verse libres de él, y sólo se hallan contentos cuando lo han apartado de sí, aunque no sea más que por poco tiempo: cuando su naturaleza ha recobrado su libertad y su independencia. El hombre natural repite esta operación millones de veces durante su vida; del temor pasa á la libertad, de la libertad al temor, y no va más allá. Temer es fácil, mas penoso; respetar es difícil, pero cómodo. El hombre se decide al respeto con disgusto, ó, mejor, no se resuelve nunca. El respeto es un sentido superior que se ha de añadir á la naturaleza humana, y que únicamente se desenvuelve por sí mismo en se-

res muy favorecidos, que son tenidos por ello como santos, como dioses. En él está la dignidad; en él el asunto de las religiones verdaderas, que no son más que tres, según el objeto al cual dirigen su veneración.

Los Tres cesaron de hablar; Guillermo guardó silencio también y permaneció unos momentos pensativo; pero como no se sentía con fuerzas para interpretar el sentido de aquellas extrañas palabras, rogó á estos dignos varones que prosiguieran su información; lo hicieron en seguida.

—No concedemos nuestra estimación—dijeron—á ninguna religión que se funda en el temor. Por el respeto que el hombre deja reinar en sí, puede, al tributarle homenaje, conservar su honor; no está en desacuerdo consigo mismo, como en aquel caso. La religión que descansa en el respeto á lo que está sobre nosotros, la llamamos étnica; es la religión de los pueblos y el primer grado del alejamiento de un vil temor; todas las religiones paganas, cualquiera que sea su nombre, son de esta clase. Llamamos filosófica á la religión que se funda en el respeto que guardamos á lo que es igual á nosotros; pues el filósofo que se coloca en una posición media ha de hacer descender hacia sí todo lo que está por cima de él, y ascender todo lo que está por bajo; sólo en este justo

medio merece el nombre de sabio. Vive, en el sentido cósmico, únicamente en la verdad cuando empieza á conocer sus relaciones con sus semejantes, y, por tanto, con la humanidad entera; sus relaciones con las demás cosas terrestres, necesarias ó accidentales. Ahora nos corresponde hablar de la tercera religión, que se fundamenta en el respeto á lo que está bajo nosotros; la llamamos cristiana, porque se manifiesta más claramente en esta confesión; es lo último que la humanidad podía y necesitaba alcanzar. ¡Pero cuánto ha sido necesario, no sólo para dejar la tierra bajo sí y elevarse á una patria superior, sino también para reconocer como cosas divinas la abyección y la miseria, la burla y el desprecio, la afrenta y la calamidad, el sufrimiento y la muerte; para venerar y tomar cariño al pecado y al crimen, considerándolos, no como obstáculos, sino como medios para la santificación! Encontramos, sin duda, rastros de esta confesión en todas las épocas, pero un rastro no es un fin; una vez que éste se ha alcanzado, la humanidad no puede volverse atrás; y se puede decir que la religión cristiana, en cuanto ha aparecido, no puede desaparecer; porque al encarnar la divinidad no puede nunca ser destruída.

—¿Cuál de estas religiones profesáis en par-

ticular?—dijo Guillermo. —Las tres—respondieron—; pues juntas constituyen la verdadera religión; de estos tres respetos nace el respeto supremo, el respeto á sí mismo, y aquellos, á su vez, originan á éste; así, que el hombre ha llegado al grado más alto que es capaz de alcanzar, puede considerarse á sí mismo como lo mejor que Dios y la Naturaleza han creado, y puede mantenerse en esta altura sin que su vanidad y su egoísmo le hagan caer otra vez en la vulgaridad.

—No me sorprende una profesión de fe semejante, desenvuelta de este modo—repuso Guillermo—; concuerda con lo que se oye decir aquí y allá en el mundo; sólo que vosotros unís lo que otros separan.—Aquéllos respondieron: Ya ha reconocido esta profesión de fe una gran parte del mundo, aunque inconscientemente.

—¿Cómo y dónde?—preguntó Guillermo.

—En el *Credo*—exclamaron—; porque el artículo primero es étnico y pertenece á todos los pueblos; el segundo es cristiano, es para los que luchan con el sufrimiento y lo glorifican; el tercero enseña, últimamente, una comunión espiritual de los santos, es decir, de los buenos y de los sabios en sumo grado. ¿No debía considerarse justamente á las tres personas divinas—bajo el símbolo y el nombre de

las cuales se invoca estas revelaciones y estos dogmas—como la unidad más elevada?

—Os agradezco que me hayáis explicado tan clara y lógicamente estas cosas como á una persona á quien no son extrañas las tres teorías, y quedo completamente satisfecho cuando reflexiono que explicáis estas altas doctrinas á los niños, primero bajo signos sensibles; después por armonías simbólicas, y últimamente revelándole su significación más elevada...

CAPÍTULO II

De mano del más viejo entró nuestro amigo por un espacioso portal en una sala redonda ó, más bien, octogonal, tan ricamente decorada con pinturas, que llenó de admiración al visitante. Comprendió fácilmente que todo lo que veía debía tener un sentido significativo, aunque no pudiera descifrarlo en seguida. Tenía el propósito de interrogar á su acompañante, cuando éste le invitó á pasar á una galería abierta á un lado, que rodeaba á un extenso jardín sembrado de flores. Sin embargo, las paredes atraían la mirada más que estos adornos naturales, porque estaban pintadas por todas partes; no tardó en reconocer que los libros santos de los israelitas habían suministrado el asunto de las imágenes.

—Aquí es—dijo el anciano— donde enseñamos aquella religión, que abreviadamente he llamado étnica. Su contenido se halla en la historia universal, como su envoltura, en los sucesos. Está comprendida en la rotación del destino de todos los pueblos.

—Habéis concedido el honor, por lo que

veo, al pueblo israelita de poner su historia como fundamento de esta exposición, ó más bien la habéis tomado como objeto principal.

— Así es, repuso el anciano; pues observaréis que en los zócalos y en los frisos están representados los sucesos y las acciones no tanto sincrónica como sinfrónticamente, porque en todos los pueblos ocurren acontecimientos semejantes. Así, mirad aquí, en el espacio principal, á Abraham visitado por sus dioses bajo la forma de bellos adolescentes, y allá abajo, en el friso, á Apolo entre los pastores de Admeto; en lo que podemos aprender que, cuando los dioses aparecen á los hombres, caminan generalmente entre ellos sin ser reconocidos.

Los visitantes continuaron su visita. Guillermo encontraba en todas partes objetos conocidos, pero más viva é inteligentemente representados de lo que estaba acostumbrado á ver. Pidió explicaciones sobre pocas cosas; sin embargo, no pudo impedirle el preguntar por qué se había preferido la historia hebrea. Contestó el anciano: Entre todas las religiones paganas — porque eso es la religión judía — tiene ésta grandes ventajas, algunas de las cuales os mencionaré. Ante el tribunal étnico, ante el tribunal del Dios de los pueblos, no se pregunta cuál sea la nación

mejor, sino si dura ó si se conserva más que las otras. El pueblo judío no ha valido nunca mucho, como se lo han reprochado mil veces sus conductores, jueces, jefes, profetas; posee pocas virtudes y la mayoría de las faltas de los demás pueblos; pero no tiene igual en independencia, firmeza y valor y, si esto no basta, en tenacidad. Es el pueblo más tenaz de la tierra; existe, ha existido y existirá para celebrar el nombre de Jehovah á través de los tiempos. Por eso le hemos tomado como modelo, como imagen principal á la cual sólo sirven de marco las demás.

— No me corresponde discutir con vos, dijo Guillermo, puesto que estáis para instruirme. Enteradme, pues, de las otras ventajas de este pueblo, ó más bien de su historia, de su religión.

— Una de las ventajas principales, repuso aquél, es la excelente colección de sus libros santos. Están tan felizmente reunidos, que con los elementos más extraños forman un todo engañoso. Son lo bastante completos para satisfacer; lo bastante fragmentarios, para excitar la curiosidad; lo suficientemente bárbaros, para imitar; lo suficientemente delicados, para calmar y ¡cuantas más propiedades contradictorias se han de ensalzar en este libro!

Tanto la colección de pinturas como las descripciones que las acompañaban por cima y por bajo dieron tanto que pensar al huésped, que apenas oyó las inteligentes observaciones, con las que su guía más parecía desviar su atención que atarle á los objetos. Entre otras cosas, le dijo: Tengo que mencionar aún una ventaja más de la religión judía; no encarna á su Dios bajo ninguna forma, y nos deja por tanto en libertad de darle una digna figura, y, á su vez, de designar la idolatría con figuras de animales y de monstruos.

Nuestro amigo se había representado de nuevo la historia del mundo en un corto paseo por estas salas; era algo nuevo para él, en vista de los sucesos. La reunión de las pinturas, las reflexiones de su guía, le habían abierto nuevos caminos, y se alegraba pensando que Félix se asimilaría, por medio de aquellas representaciones sensibles, estos grandes, significativos y memorables hechos para toda su vida, como si hubiera vivido cerca de ellos. Acabó por considerar estas imágenes únicamente con los ojos del niño, y en este sentido era completa su satisfacción. Y así llegaron á los tiempos tristes de revuelta y, finalmente, á la destrucción de Jerusalén y del templo, á los asesinatos, al destierro, á la es-

clavitud que sufrió esta tenaz nación. Sus destinos posteriores estaban representados alegóricamente, porque está fuera de los límites de un arte noble, hacerlo de un modelo histórico y real.

Aquí terminaba bruscamente la galería, y Guillermo quedó admirado de verse ya al fin. Encuentro — dijo á su guía — una laguna en este desarrollo histórico. Habéis destruído el templo de Jerusalén y dispersado al pueblo sin haber introducido al hombre divino, que poco tiempo antes enseñaba en estos mismos lugares una doctrina, á la que no prestaron atención.

— Hacer lo que pedís, hubiese sido cometer una falta. La vida del hombre divino que decís no está en relación alguna con la historia del mundo en su tiempo; su vida era una vida privada; sus doctrinas se dirigían á los hombres aislados. Lo que llega públicamente á la masa de los pueblos y á sus asambleas pertenece á la historia universal, á la religión universal, que es para nosotros la primera. Lo que sucede interiormente á los individuos pertenece á la segunda religión, á la religión de los sabios; así era cómo Jesucristo enseñó y practicó mientras moró en la tierra. Por esto termina aquí lo exterior y os introduzco en lo interior.

Se abrió una puerta y entraron en una galería espaciosa, donde Guillermo reconoció en seguida las imágenes del Nuevo Testamento. Parecían ser de distinta mano que las primeras; todo era más dulce: figuras, movimientos, accesorios, luz y colores.

— Aquí no véis, dijo el conductor después que hubieron pasado ante una parte de las pinturas, ni hechos ni sucesos, sino milagros y parábolas. Aquí hay un nuevo mundo, un aspecto exterior, distinto del precedente, y un sentido interior que falta allí completamente. Se construye un nuevo mundo con los milagros y las parábolas; aquéllos hacen extraordinario á lo común; éstas, común á lo extraordinario.— Tened la bondad, repuso Guillermo, de explicarme estas palabras minuciosamente, pues no me siento lo bastante hábil para hacerlo por mí mismo.

— Tienen un sentido natural — dijo aquél —, aunque profundo; con ejemplos lo comprenderéis al instante. No hay nada más común y más habitual que el comer y beber; pero, en cambio, ennoblecer una bebida, multiplicar una comida para que alcance á una multitud, es una cosa extraordinaria. Nada más habitual que las enfermedades y los achaques corporales; pero curarlos, aliviarlos con remedios espirituales, esto es ya extraordinario, y lo ma-

ravilloso del milagro consiste en que lo ordinario y lo extraordinario, lo posible y lo imposible llegan á ser una sola cosa.

En la parábola sucede al revés: aquí, el sentido, la intención, el concepto es lo elevado, lo extraordinario, lo inasequible. Cuando se encarna en una imagen común, habitual, asequible, de modo que se presente á nosotros viviente, actual y real, que lo asimilemos, lo aprendamos, que esté á nuestro alcance, entonces es una segunda especie de milagro, que se puede colocar, si no encima, al lado del milagro mismo. Aquí, la enseñanza es viviente; no se la puede poner ninguna objeción; no es ninguna opinión sobre lo justo ó lo injusto; lo justo ó lo injusto mismo son indiscutibles.

Esta parte de la galería era más corta que la primera, ó, más bien, era sólo la cuarta parte del contorno del patio interior. Únicamente gustaba detenerse aquí cuando se procedía de la primera. Los objetos no eran tan sugestivos, tan variados; pero esto invitaba tanto más á investigar su profundo y tranquilo sentido. Ambos caminantes se volvieron al llegar al fin de la galería. Guillermo encontró que la representación se había detenido en la cena y en la separación del maestro de con sus discípulos; preguntó por la parte restante de la historia.

— Separamos, contestó aquél, en cada enseñanza lo que se puede separar; pues únicamente así nace en la juventud el concepto de las cosas. La vida lo mezcla y confunde todo; hemos separado la vida y la muerte de este hombre sublime. En su vida se nos aparece como un verdadero filósofo — perdonadme esta expresión —, como un sabio en el sentido más elevado. Queda siempre firmemente unido á su objeto; prosigue rectamente su camino, educando á los humildes al comunicar su fuerza, su sabiduría, su riqueza á los enfermos, á los ignorantes, á los pobres y, al querer, igualarse á ellos; por otro lado, no desmiente su origen divino: osó igualarse á Dios, llamarse á sí mismo Dios. De este modo, desde su juventud causa la admiración de los que le rodean; se atrae una parte de ellos; mueve á la otra contra sí y muestra lo que han de esperar del mundo á los que aspiran á alguna elevación en la vida y la doctrina. Y así es su vida, para la parte noble de la humanidad, más instructiva y fructífera que su muerte: pues á las pruebas de la primera está expuesto todo el mundo, y pocos hombres pasarán por la segunda; y, sin agotar todas las consecuencias á que da lugar esta reflexión, considerad sólo el espectáculo conmovedor de la cena. Aquí el sabio, como siempre, deja al

partir huérfanos á los suyos, y mientras que cuida de los buenos, alienta un traidor entre ellos que causará su pérdida y la suya.

Con estas palabras abrió el anciano una puerta y quedó extrañado de encontrarse en la sala primera. Hablando, habían dado toda la vuelta al patio. — Esperaba, dijo Guillermo, que me condujerais hasta el fin, y me conducís de nuevo al principio.

— Por esta vez, repuso el viejo, no os puedo enseñar más; nosotros no dejamos ver á nuestros alumnos, ni les explicamos más de lo que habéis visto ahora: lo exterior, lo general, á todos desde su infancia; lo interior, lo íntimo, lo espiritual, sólo á aquellas á quienes adquirieron alguna reflexión con la edad; lo restante no lo abrimos más que una sola vez al año, y no lo enseñamos sino á los que despedimos. Aquella última religión, que nace del respeto á lo que está por bajo de nosotros; aquella veneración de la adversidad, de lo que hemos de huir y evitar, la damos á cada uno á modo de dote, con el fin de que sepa dónde la encontrará, si de ello tiene necesidad. Os invito á volver aquí dentro de un año para que asistáis á nuestra fiesta general y veáis lo que ha adelantado vuestro hijo; entonces entraréis en el santuario del dolor.

— Permitidme una pregunta, dijo Guiller-

mo: ¿habéis representado los sufrimientos y la muerte de este hombre divino como un tipo de resignación sublime, del mismo modo que hicisteis de su vida un modelo y una enseñanza?

— Sin duda no hacemos de ello un secreto; pero echamos un velo sobre estos sufrimientos, precisamente porque los veneramos en alto grado. Tenemos por una temeridad indigna el mostrar aquel retablo de martirio y aquel divino sufriente á la vista del sol, que se cubrió la faz cuando un mundo impío le ofreció este espectáculo; el representar y chancear con estos profundos misterios, en los cuales está cubierta la profundidad divina del dolor; con tanto hacer, se convierte en vulgar y absurda la cosa más sublime. Con esto tenéis bastante por ahora para tranquilizaros respecto á vuestro hijo y para convenceros completamente de que le encontraréis más ó menos educado, de un modo ó de otro, pero seguramente de una manera satisfactoria, y que en todo caso no le volveréis á hallar confuso, vacilante y voluble.

Guillermo se detuvo contemplando los cuadros de la antesala; quería saber su sentido. También en esto — dijo el anciano — os quedamos deudores para el año que viene; no admitimos ningún extraño á la enseñanza que

damos á los alumnos en el intervalo; pero volved en la época que os indiquemos, y veréis lo que nuestros mejores oradores creen útil decir públicamente sobre estos objetos.

Poco después de esta conversación se oyó llamar á la puertecita; era el inspector del día anterior y conducía el caballo de Guillermo; nuestro amigo se despidió de los Tres, quienes le recomendaron en estos términos al inspector: Este extranjero es de nuestros íntimos; ya sabes lo que has de responder á sus preguntas, porque sin duda desea que se le instruya sobre muchas cosas que ha visto y oído entre nosotros; no te es desconocido el contenido y el fin de tu información.

Guillermo, en efecto, tenía en el espíritu algunas preguntas, que en seguida hizo. A su paso, los niños se colocaban como el día anterior; pero ahora vió, aunque raramente, á algunos que no saludaban al inspector; no se apartaban de su trabajo y le dejaban pasar sin apercibirse de él. Guillermo preguntó la causa y el sentido de esta excepción. El inspector respondió: Será por graves motivos, puesto que es el castigo supremo que aplicamos á los discípulos; se les declara indignos de manifestar su respeto y se les obliga á parecer groseros y mal educados; ellos hacen todo lo posible por salir de esta situación y

cumplir sus deberes más celosamente. Sin embargo, si algún muchacho no manifiesta ningún arrepentimiento, se le envía otra vez á sus padres con un informe razonado, aunque conciso. Quien no quiere someterse á las leyes, debe abandonar el país donde aquéllas se dan.

Otro objeto excitó, como el anterior, la curiosidad del viajero: la variedad de colores y hechura en el traje de los discípulos; no parecía reinaren ellos ninguna graduación, pues los que saludaban de distinto modo, vestían de la misma forma, y al revés. Guillermo preguntó la causa de esta aparente contradicción.—Es un medio, repuso aquél, de saber el carácter de los muchachos. Les dejamos en este caso una cierta libertad en vez del orden y de la rigurosidad. Los niños pueden escoger en nuestros almacenes de tejidos y guarniciones el color que prefieran, y, con un determinado límite, la forma y el corte; observamos detenidamente esta elección; en los colores se puede reconocer el carácter; en la hechura, las costumbres. Sin embargo, una propiedad particular de la naturaleza humana hace en cierto modo difícil una apreciación exacta: la imitación, la tendencia á asociarse. Es raro que un discípulo elija algo que no hayan llevado los demás; la mayoría elige lo conocido,

lo que han visto. No obstante, tampoco es para nosotros estéril esta consideración; por semejantes señales exteriores, se afilían á tal ó cual partido; se asocian aquí ó allá, y así se manifiestan las disposiciones generales; nosotros sabemos á qué lado se inclina el niño, á qué modelo aspira.

Se han visto muchos casos en que los espíritus tienden á generalizarse; en que una moda se impone; en que las distinciones se pierden en una unidad.

Tratamos de combatir estas tendencias; dejamos agotar las provisiones; no se puede tener tal ó cual tela, éste ó aquél adorno; mostramos alguna cosa nueva, atrayente. Con colores claros y formas cortas y estrechas alegramos á los pequeños; los matices severos, los vestidos holgados, de grandes pliegues, encantan á los juiciosos, y así restablecemos el equilibrio lentamente.

—Somos enemigos de la uniformidad; oculta el carácter y sustrae á los ojos de los superiores la individualidad de los niños más que otra cualquiera simulación.

Con estas y otras palabras llegó Guillermo al límite de la provincia, y precisamente al sitio donde el viajero, siguiendo las indicaciones de su viejo amigo, debía abandonarla para ir en busca de su propio fin.

Al despedirse el inspector le anunció que le esperaban para cuando se anunciara la gran fiesta á los interesados. Se invitaría á todos los padres y se despediría á los alumnos ya capacitados para vivir una vida libre. Entonces podría visitar á su placer las restantes partes del establecimiento, donde se practicaba y se daba la instrucción particular conforme á sus propios principios y en un ambiente adecuado.

(El siguiente párrafo puede servir como resumen de los conceptos expuestos y, al mismo tiempo, como punto central en la visión pedagógica de la obra de Goethe.)

Pensar y obrar, obrar y pensar, es la suma de toda sabiduría, en todo tiempo reconocida, en todo tiempo practicada, pero no por todos advertida. Una y otra cosa han de alternar eternamente en la vida, como la inspiración y la expiración; debían ser inseparables como la pregunta y la respuesta. Quien se hace una ley de lo que el genio de la razón humana susurra secretamente al oído de cada recién nacido, es decir, somete la acción al examen del pensar y el pensar al examen del hacer, éste no puede equivocarse nunca y, si se equivoca, encontrará pronto el buen camino.

OBRAS DE FONDO

BARCIA (Roque).—Sinónimos castellanos. — Nueva edición. Madrid, 1910. (Tamaño, 23 × 15.) 8 pesetas.

BECERRO DE BENGOA.—La enseñanza en el siglo XX. — Un tomo en 8.º mayor, ilustrado con 44 grabados y cuatro fototipias fuera del texto. Precio, 5 pesetas.

BERGSON—Materia y memoria. — Traducción de Martín Navarro. Madrid, 1900. (Tamaño, 19 × 12.) 3,50 pesetas.

CORRADI (D. Fernando).—Lecciones de oratoria, pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid; 1882. En 4.º, 3 pesetas.

FLAUBERT.—La educación sentimental, historia de un joven. — Versión española de D. H. Giner de los Ríos. Dos tomos. (Tamaño, 19 × 12.) 5 pesetas.

FOUILLÉE.—Temperamento y carácter, según los individuos, los sexos y las razas. — Traducción española de Ricardo Rubio. Madrid, 1901. (Tamaño, 23 × 15.) 5 pesetas.

GERARD (J.)—Nuevas causas de esterilidad en ambos sexos. — Fecundación artificial como último medio de tratamiento. Versión española por Luis Marco. Un tomo en 8.º mayor, de 258 páginas, ilustrado con 200 grabados por José Roy, 5 pesetas.

HARTENBERG.—Los tímidos y la timidez. — Traducido por Manuel Antón y Ferrándiz, y considerablemente aumentado con estudios especiales y originales acerca de *El origen de la timidez*, por D. Manuel Antón; *La timidez en España*, por D. Eusebio Blasco, y *La timidez en general*, por D. José Echegaray. Madrid, 1902. En 4.º, 5 pesetas.

LAGRANGE (Dr. Fernando.)—La higiene del ejercicio en los niños y en los jóvenes. — Traducción española de Ricardo Rubio. Madrid, 1894. (Tamaño, 19 × 12.) 3 pesetas.

—El ejercicio en los adultos. — Traducción española de Ricardo Rubio. Madrid, 1896. (Tamaño, 19 × 12.) 3,50 pesetas.

—Fisiología de los ejercicios corporales. — Versión castellana por Ricardo Rubio. Madrid, 1895. (Tamaño, 23 × 15.) 5 ptas.

LAMENNAIS.—Obras políticas. — Madrid, 1854. (Tamaño, 23 por 15.) 3,75 pesetas.

LEIBNITZ.—Obras. — Puestas en lengua castellana por D. Patricio de Azcárate. Cinco tomos. Madrid. (Tamaño, 22 × 15.) 30 pesetas.

LÓPEZ (Gregorio.)—Las siete partidas del muy noble Rey D. Alfonso el Sabio. — Madrid, 1844. Cuatro tomos encuadernados en pasta. (Tamaño, 31 × 22.) 36 pesetas.

MARCH Y REUS (J. A.)—Clave telegráfica internacional. — Sis-

tema especialmente adoptado por la Banca, el Comercio, la Industria, etc., etc. Concordada perfectamente entre las ediciones española, francesa é inglesa. Con sólo poseer uno de estos idiomas, es lo suficiente para entenderse perfectamente entre sí con los otros dos. Secreto absoluto. Economía de tiempo y de dinero. Sencillo y fácil manejo. — Premiada con Medalla de oro gran modelo por la Académie des Inventeurs, etcétera, etc. Segunda edición española. Madrid, 1894. En 4.º, tela, con planchas, 20 pesetas.

MAQUIAVELO.—Política de Maquiavelo ó Tratado del Príncipe, precedido de la vida del autor y acompañado del Anti-Maquiavelo ó Examen del Príncipe, por Federico el Grande, con un prefacio de Voltaire. Madrid, 1854. (Tamaño, 24 × 15.) 1,50 pesetas.

MAX MULLER.—Eusayo sobre la historia de las religiones. — Versión castellana, con la biografía del autor, por A. García Moreno. Madrid, 1878. Dos tomos en 8.º, 4 pesetas.

—La ciencia de la religión. — Versión castellana, con un prólogo de A. García Moreno. Madrid. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.

MOSSO (Angel.)—La educación física de la juventud, seguida de La educación física de la mujer, del mismo autor. — Versión castellana de J. Madrid Moreno. Madrid, 1894. (Tamaño, 19 por 12.) 3,50 pesetas.

—El miedo. — Traducción de la cuarta y última edición italiana por J. Madrid Moreno, con un prólogo de D. Rafael Salillas. Madrid, 1892. (Tamaño, 19 × 12). con siete grabados intercalados en el texto y dos fototipias, 4 pesetas.

—La fatiga. — Traducida de la cuarta y última edición italiana por J. Madrid Moreno, con un prólogo de D. Rafael Salillas. Madrid, 1893. En 4.º, con numerosos grabados intercalados en el texto. 4 pesetas.

THOMAS.—La sugestión: su función educativa. — Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1900. (Tamaño, 19 × 12). 2,50 ptas.

TIBERGHIEU.—Estudios sobre Filosofía. — Misión de la filosofía en nuestra época. — Doctrina de Krause. — El positivismo y el método de observación. — La teología y el origen del lenguaje. — Traducción por A. García Moreno. Madrid, 1875. Un tomo en 8.º, 2 pesetas.

—Los Mandamientos de la Humanidad ó la Vida Moral en forma de Catecismo, según Krause. — Traducida por Alejo García Moreno. Madrid, 1875. Un tomo en 8.º, 2,50 pesetas.

TISSIÉ (Ph.)—La fatiga y el adiestramiento físico. — Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1899. (Tamaño, 19 × 12), con grabados en el texto, 4 pesetas.

TOM TIT.—La ciencia recreativa. — Cien experimentos con infinidad de grabados, Madrid, 1897. En 4.º, cartoné, 5 pesetas.

OBRAS DE GUY DE MAUPASSANT

- El señor Parent.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 54 dibujos. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Rollo de manteca.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 65 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Las hermanas Rondoli.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 46 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- El doncel de la señora Husson.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 55 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- El Horla.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 66 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Cuentos del día y de la noche.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 53 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Claror de luna.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 82 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- El viejo Milón.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con profusión de grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Los domingos de un burgués de París.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 65 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- El Bahonero.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con profusión de grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Antón.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con 55 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- La mano izquierda.** Versión castellana de Ruiz Contreras. Con grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
- Nita.** Versión castellana de F. Urrecha. Un tomo en 8.º mayor de 339 páginas, 3,50 pesetas.
- En el mar.** Traducción castellana de L. G. Ramón. Un tomo en 8.º mayor, de 267 páginas, ilustrado por Riou y Guillaume Frères, 3,50 pesetas.
- La vida errante.** Versión castellana de O. Slipembak. (En prensa la segunda edición).

